

ge del poeta, debe estar pronto para el día señalado: los asuntos que tiene que pintar, son siempre los mismos, y siempre está expuesto á ser inferior ó superior á ellos; mas Píndaro se habia penetrado de un sentimiento que no conocia estos ligeros estorbos, y extendia su vista mucho mas allá de los límites en que está circunscrita la nuestra.

Su ingenio vigoroso é independiente nunca se presenta sino con movimientos irregulares, nobles é impetuosos. Si va á cantar los dioses, se levanta como un águila hasta el pie de sus tronos: si canta los hombres, se precipita en la lid como un caballo fogoso: en los cielos, sobre la tierra, hace correr, por decirlo así, un torrente de imágenes sublimes, de metáforas atrevidas, de pensamientos fuertes, y de máximas luminosas.

¿Por qué se ve algunas veces á este torrente salir de madre, volver á ella, volver á salir con mas furor, y volver á ella para acabar plácidamente su carrera? Es porque Píndaro entonces, semejante á un leon que se lanza una y otra vez sobre senderos apartados, y no descansa sino despues de haber cogido la presa, persigue con ahinco un objeto que aparece y desaparece de su vista. Corre, vuela en pos de las huellas de la gloria, atormentado de la necesidad de manifestarla á su nacion; y cuando no resplandece bas-

lante en los vencedores que celebra, va á buscarla en sus abuelos, en su patria, en los institutores de los juegos, en todas las partes donde lucen algunos de sus rayos, y sabe juntarlos á los demas con que corona sus heroes: á su aspecto cae en un delirio, que no es dueño de contener: compara su esplendor con el del astro del dia; pone al hombre que los ha recogido en la cima de la felicidad; si este hombre junta las riquezas á la belleza, le pone sobre el mismo trono de Júpiter; y para precaverle del orgullo, no tarda en recordarle, que, revestido de un cuerpo mortal, será pronto la tierra su último vestido.

Un lenguaje tan extraordinario era conforme al espíritu del siglo. Las victorias que los Griegos acababan de ganar á los Persas, los habian convencido de nuevo que ninguna cosa eleva mas las almas, que los testimonios de la pública estimacion. Aprovechándose Píndaro de las circunstancias; amontonando las expresiones mas enérgicas, las figuras mas brillantes, parecia tomar la voz del trueno para decir á los Estados de la Grecia: no dejeis apagar el fuego divino que arde en nuestros pechos: excitad todas las especies de emulacion; honrad todos los géneros de mérito: no esperéis sino acciones de valor y grandeza del que solamente vive para la gloria. A los Griegos reunidos en los campos de Olim-

pia, les decia: mirad esos atletas, que por obtener en vuestra presencia algunas hojas de olivo, se han sujetado á tan recio trabajo. ¿Pues qué no hareis vosotros cuando sea menester vengar vuestra patria?

Aun en el dia mismo, los que asisten á las magnificas solemnidades de la Grecia, que ven á un atleta en el momento de su triunfo, le siguen cuando entra en la ciudad en que nació, oyen resonar al rededor de él aquel clamoreo, aquellas voces de admiracion y de alegría, mezcladas con los nombres de sus mayores, que merecieron las mismas distinciones, y de los dioses tutelares que procuraron tal victoria á su patria: todos estos, repito, lejos de sorprenderles las salidas y el entusiasmo de Píndaro, hallarán sin duda que su poesía, por mas sublime que sea, no iguala á la impresion que ellos mismos han experimentado.

Embelesado Píndaro con un espectáculo tan afectuoso como magnífico, tomó parte en el alborozo general, y haciéndolo pasar á sus pinturas, se constituyó el panegirista y dispensador de la gloria: con esto, ennoblecidas todas sus materias, recibieron un caracter de magestad. Tuvo que celebrar reyes ilustres, y ciudadanos oscuros: en unos y otros no atiende al hombre, sino al vencedor. Bajo el pretexto de que los elogios cansan prontamente al que no es objeto de

ellos, no se dilata en las calidades personales; pero como las virtudes de los reyes son títulos de gloria, los elogia por el bien que han hecho, y les muestra el que deben hacer. « Sed justos, « añade, en todas vuestras acciones, verídicos « en vuestras palabras \*: pensad que teniendo « fijos los ojos sobre vosotros millares de testi- « gos, vuestra menor falta, seria un mal funes- « to. » De esta manera alababa Píndaro, sin prodigar el incienso, y sin conceder á todos el derecho de ofrecerle. « Las alabanzas, decia, « son el premio de las buenas acciones; con su « dulce rocío crecen las virtudes, como las « plantas con el rocío del cielo: mas solamente « pertenece al hombre de bien alabar á los hom- « bres de bien. »

No obstante la profundidad de sus pensamientos, y el desorden aparente de su estilo, se llevan siempre los votos sus versos. La multitud los admira sin entenderlos, porque le basta para esto, que pasen rápidamente imágenes vivas por delante de sus ojos, como unos relámpagos; y que las palabras pomposas y retumbantes den golpes reiterados en sus oídos atónitos; pero los jueces ilustrados pondrán siempre al au-

\* El modo con que Píndaro presenta estas máximas, puede dar una idea de lo atrevido de sus expresiones. « Gobernad, dice, « con el timon de la justicia; forjad vuestra lengua en el yunque « de la verdad. »

tor en el primer lugar de los poetas líricos; y los filósofos citan ya sus máximas, y respetan su autoridad.

En lugar de desmenuzar las bellezas que ha sembrado en sus obras, me he ceñido á indicar el sentimiento noble que las anima. Séame pues licito decir como él: «yo tenia muchos dardos « que arrojar, y he escogido el que podia dejar « en el blanco, una señal honorífica.»

Me resta dar algunas nociones acerca de su vida y caracter; y para ello he sacado las principales, de sus escritos, en los que aseguran los Tebanos que se pinta á sí mismo. « Hubo un « tiempo en que el vil interes no amancillaba el « lenguaje de la poesía. Deslumbre á otros ahora el resplandor del oro: extiendan cuanto « quieran sus posesiones: yo no doy precio á las « riquezas, sino cuando, templadas y adornadas por las virtudes, nos ponen en disposición « de cubrirnos de una gloria inmortal. Jamas « mis palabras van separadas de mi pensamiento. Amo á mis amigos; aborrezco á mi enemigo, « mas no le acometo con las armas de la calumnia y de la sátira. La envidia no logra de mí « mas que un desprecio que la humilla: mi venganza es abandonarla á la úlcera que le roe el « corazon. Jamas las voces débiles del ave tímida y envidiosa, detendrán al águila audaz que « se cierne en los aires.

« En medio del flujo y reflujó de alegrías y « pesares, que ruedan sobre la cabeza de los « mortales, ¿quién puede lisonjearse de una felicidad constante? He echado la vista en torno de mí, y viendo mas felicidad en la media « nía que en los demas estados, he compadecido el destino de los poderosos, y he suplicado « á los dioses, que no me agobien con el peso « de tal prosperidad: yo ando por caminos sencillos, contento con mi estado, y querido de « mis conciudadanos: toda mi ambicion es agradecerles, pero sin renunciar el privilegio de explicarme libremente sobre las cosas buenas y « las que no lo son. Con estas disposiciones me « acerco tranquilamente á la vejez: ¡dichoso, si « al llegar á los negros confines de la vida, dejo « á mis hijos la mas preciosa de las herencias, « un buen nombre!»

Cumplióronse los deseos de Pindaro; pues vivió en el seno del reposo y de la gloria. Es verdad que los Tebanos le condenaron á una multa, por haber alabado á sus enemigos los Atenienses; y que en los combates de poesia las piezas de Corina fueron preferidas á las suyas por cinco veces; mas á estas tormentas pasajeras, sucedian luego dias alegres y serenos. Los Atenienses y todas las naciones de la Grecia le colmaron de honores; y Corina misma hacia justicia á la superioridad de su ingenio. En Del-

fos, cuando se celebraban los juegos píticos, obligado á ceder á las solicitudes de un grandísimo número de espectadores, se colocaba, coronado de laureles, en un asiento elevado, y tomando la lira, se oían aquellos sonidos encantadores, que excitaban por todas partes voces de admiración, y hacían el adorno mas hermoso de las fiestas. Luego que se daba fin á los sacrificios, el sacerdote de Apolo le convidaba solemnemente al banquete sagrado. En efecto, por una distincion brillante y nueva, habia ordenado el oráculo reservarle una porcion de las primicias que se ofrecían en el templo.

Los de Beocia tienen mucha aficion á la música, y casi todos aprenden á tocar la flauta. Desde que ganaron la batalla de Leuctres, se entregan con mas ardor á los placeres de la mesa: tienen excelente pan, muchas legumbres y frutas, caza y pesca en bastante abundancia para llevarla á Atenas.

El invierno es fríisimo en toda la Beocia, y casi insufrible en Tebas: la nieve, el viento, y la escasez de leña, hacen entonces aquella mansion tan terrible, como es agradable en el estío, así por la suavidad del aire que se respira, como por la suma frescura del agua de que abunda, y la vista risueña de los campos, que conservan largo tiempo su verdor.

Los Tebanos son valerosos, insolentes, atre-

vidos y vanos: pasan rápidamente de la ira al insulto, y del desprecio de las leyes al olvido de la humanidad. El menor interes da lugar á injusticias manifiestas, y el mas leve pretexto á asesinatos. Las mugeres son altas, bien formadas, rubias por lo comun: tienen nobleza en el andar, y visten con elegancia. En público se cubren la cara, de modo, que no se les ve mas que los ojos: llevan los cabellos anudados sobre la cabeza, y los pies oprimidos en chapines de color de púrpura, tan pequeños, que casi los dejan del todo descubiertos: tienen la voz infinitamente dulce y clara; la de los hombres es bronca, desagradable, y en cierto modo adecuada á su caracter.

En vano se buscaría el distintivo de este caracter, en un cuerpo de jóvenes guerreros, que se llama el *Batallon sagrado*, que en número de trescientos, son educados en comunidad, y mantenidos en la ciudadela á expensas del público. Los melodiosos sonidos de una flauta dirigen sus ejercicios, y hasta sus diversiones. Para impedir que su valentia degenera en un ciego furor, les infunden en sus almas el sentimiento mas noble y mas vivo.

Cada uno de estos guerreros tiene que escoger en el cuerpo, un amigo á quien permanezca unido inseparablemente. Toda su ambicion es agradarle, merecer su estimacion, partir con

él sus placeres y sus penas en el discurso de la vida, y sus trabajos y peligros en los combates. Si fuera capaz de faltar á lo que se debe á sí mismo, no faltaria á lo que debe á un amigo, cuya censura le causa el mas cruel tormento, y cuyos elogios son sus mayores delicias. Esta union casi sobrenatural, hace preferir la muerte á la infamia, y el amor de la gloria á todos los demas intereses. En lo mas recio de un combate, cayó uno de estos guerreros boca abajo, y viendo que un soldado enemigo venia á clavarle la espada en los riñones, le dijo incorporándose: «espera: clávame ese hierro en el pecho; pues mi amigo se avergonzaria, si llegase á sospechar que he recibido la muerte huyendo.»

En otro tiempo distribuian estos guerreros por pelotones, al frente de las diferentes divisiones del ejército; pero Pelópidas, que tuvo muchas veces el honor de mandarlos, los hizo combatir en cuerpo, y los Tebanos les debieron casi todas las ventajas que lograron contra los Lacedemonios. Filipo destruyó en Queronea esta cohorte, invencible hasta entonces; y al ver este príncipe á aquellos jóvenes tebanos, tendidos en el campo de batalla, cubiertos de heridas honrosas, y abrazados unos con otros en el mismo puesto que habian ocupado, no pudo contener las lágrimas, y dió un testimonio patente á su virtud como á su valor.

Se ha observado que las naciones y las ciudades tienen, como las familias, un vicio ó defecto dominante, que al modo de ciertas enfermedades, pasan de generacion en generacion, con mayor ó menor energia: de aquí nacen los apodos que se ponen unas á otras, y que llegan á hacerse proverbios. Así es que los Beocios suelen decir que la envidia ha fijado su asiento en Tanagra, el amor de la usura en Oropo, el espíritu de contradiccion en Tespis, la violencia en Tebas, la codicia en Antedon, el fingimiento en Coronea, la ostentacion en Platea, y la estupidéz en Haliarta.

Saliendo de Tebas, pasamos por cerca de un gran lago, llamado Hilica, en el que desaguan los rios que riegan el territorio de la ciudad: de allí fuimos á las orillas del lago Copais, que fijó toda nuestra atencion.

Puede considerarse la Beocia como una concha grande, cercada de montes, cuyas diferentes sierras se unen por un terreno muy elevado. Otros montes se meten por lo interior del pais; los rios que bajan de ellos se reúnen casi todos en el lago Copais, cuyo circuito es de trescientos ochenta estadios\*, y que no tiene ni puede tener ninguna salida aparente; de manera que

\* Catorce leguas y novecientas y diez toesas: (12 leguas y media, y 253 pasos de España).

inundaria muy pronto la Beocia, si la naturaleza, ó mas bien la industria de los hombres, no hubiera abierto conductos ocultos para las salidas de las aguas.

Por la parte mas inmediata al mar, se termina el lago en tres bahías, que se adelantan hasta el pie del monte Ptoo, sito entre el mar y el lago. Desde el fondo de cada una de estas bahías salen muchas minas que atraviesan el monte en toda su anchura: unas tienen treinta estadios de largo \*, y otras mucho mas. Para hacerlas, ó para limpiarlas, abrieron de trecho en trecho del monte unos pozos, que nos parecieron sumamente profundos. Cuando se ve el terreno, aturde la dificultad de la empresa, y no menos espantan los gastos que ocasionaria, y el tiempo que debió gastarse en concluirla. Lo que sorprende tambien es, que estas obras, de que no queda memoria alguna ni en la historia, ni en la tradicion, deben de tener una antigüedad grandísima, y que en aquellos siglos remotos ne se ve potencia alguna en Beocia, capaz de formar y acabar un proyecto tan grande.

Sea de esto lo que fuere, estas minas necesitan mucho gasto y cuidado para conservarse. En el dia están muy descuidadas \*\*: la mayor

\* Mas de una legua: (cerca de una legua de España).

\*\* En tiempo de Alejandro se encargó á uno de Calcis que las limpiase.

parte se han cegado, y parece que el lago va adelantándose en la llanura. Es muy verosímil que el diluvio, ó mas bien la inundacion que hubo en Beocia en tiempo de Ogiges, no tuvo otro origen que el cegarse estos conductos subterranos.

Despues de pasar por Oponte, y algunas otras ciudades de los Locrienses, llegamos al paso de las Termópilas. No sé qué temblor interior se apoderó de mí, al entrar en este famoso desfiladero, en donde cuatro mil griegos detuvieron por muchos dias el ejército innumerable de los Persas; y en donde pereció Leonidas con los trescientos esparciatas que mandaba. Estrechan este paso, por un lado montes escarpados, y por otro el mar: lo he descrito en la introduccion á la obra \*.

Le anduvimos muchas veces: fuimos á ver las termas ó baños de agua caliente, que les hacen dar el nombre de Termópilas: vimos la colina adonde se retiraron los compañeros de Leonidas, despues de la muerte de este heroe; y los seguimos al otro extremo del estrecho, hasta la tienda de Xerxes, á quien habian resuelto inmolar en medio de su ejército.

Un tropel de circunstancias producian en nuestras almas las mas vivas sensaciones. Aquel

\* Véase el tomo primero de esta obra, pág. 185 y siguientes.

mar en otro tiempo teñido con la sangre de las naciones; aquellos montes, cuyas cimas se occultan en las nubes; aquella soledad profunda que nos rodeaba; la memoria de tantas hazañas, que la vista de los lugares parecia poner ante nuestros ojos; en fin, aquel vivo interes que se toma por la virtud desgraciada; todo excitaba nuestra admiracion y nuestro enternecimiento, cuando vimos cerca de nosotros, los monumentos que la junta de los anficiones hizo levantar sobre la colina de que acabo de hablar. Son estos unos cipos pequeños, en honor de los trescientos esparciatas y demas tropas griegas que pelearon. Nos acercamos al primero que se presentaba á nuestros ojos, y leimos en él: « aquí « pelearon cuatro mil griegos del Peloponeso « contra tres millones de persas.» Nos arrimamos al segundo, y leimos estas palabras de Simónides: « pasagero, vé á decir á Lacedemonia, que descansamos aquí por haber obedecido á sus santas leyes.» ¡ Con qué aire de grandeza, con qué sublime indiferencia se han anunciado semejantes cosas á la posteridad! El nombre de Leonidas y de sus trescientos compañeros no se expresa en esta segunda inscripcion; sin duda porque siquiera no se ha sospechado que pudiesen ser olvidados. He visto muchos griegos decirlos todos de memoria, y transmitirlos de unos en otros. En otra inscripcion

para el adivino Megistias, se dice, que sabedor este esparciata de la suerte que le esperaba, habia querido morir, mas bien que abandonar el ejército de los Griegos. Cerca de estos monumentos fúnebres hay un trofeo, que hizo levantar Xerxes, y honra mas á los vencidos que á los vencedores.

